

CRECER EN SITUACIÓN DE MOVILIDAD HUMANA

- **“En las escuelas no los reciben”: La educación en niños y adolescentes migrados forzosamente en México y Colombia**

Aurea Muñoz y Uriel Castro | 12.05.2025

A pocos metros de su casa, hecha de cartón, pedazos de madera, lonas, cobijas y repleta de basura, tres niños de menos de ocho años juegan a empujarse en un carrito sobre el empedrado suelo de las vías del tren. Al mismo tiempo, cerca de ellos, dos adolescentes en un viejo y desgastado sillón a la sombra de un árbol juegan con un teléfono móvil. Todos ellos, como múltiples niños de un campamento improvisado, comparten la misma situación: la migración forzada y la dificultad para continuar con su educación.

Al adentrarse por las calles transitadas de la colonia Vallejo en la alcaldía Gustavo A. Madero, Ciudad de México, se encuentra un campamento de migrantes provenientes de Centro y Sudamérica. Se trata de una serie de casas de madera, una inmediata a la otra, que se expande por aproximadamente 500 metros al costado de las vías del tren y a unos cuantos pasos de una descuidada cancha de fútbol. La población la componen más de 300 personas, de las cuales más de 100 son menores de edad.

Jorge “El viejo”, habitante venezolano del asentamiento desde hace cuatro meses, asegura que la gente es originaria de diferentes países como Colombia, Ecuador, Honduras y Perú, y que el motivo personal para que él dejara el suyo fue la situación política: “He estado bajo amenaza en mi país, esa es la razón por la que me salí”.

De acuerdo con la Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México, (CDHCM), las *personas migrantes* “son quienes dejaron su lugar de origen por

diversos motivos, entre los que destacan los familiares, laborales, profesionales, etc., y que radican en otra ciudad o país”. Además, añade que las *personas sujetas de protección internacional* “son quienes salieron de su lugar de origen ante el temor de ser perseguidas por distintas causas y/o por el peligro de ser torturadas, y que no pudieron acogerse a la protección de su país”. Muchos de los migrantes del campamento se encuentran bajo estas condiciones.

Aunque el objetivo de Jorge era llegar y permanecer en Estados Unidos, decidió quedarse en México por los apoyos que recibe de los mexicanos: “Aquí no hay ningún riesgo de inseguridad ni de ningún tipo, más bien bendiciones”, comenta, mientras saborea y comparte caramelos que guarda en una bolsa transparente.

A lo largo del campamento (o “ranchitos” como los habitantes llaman a sus casas), se observan algunas mujeres realizando los quehaceres cotidianos, así como familias conviviendo entre ellas mientras los niños salen a jugar en los alrededores. Aún así, el clima que se respira en el campamento es de tensión e incertidumbre.

Las puertas de sus hogares improvisados permanecen cerradas y con un supuesto amparo pegada en ellas. En los últimos días, personal del gobierno de la Ciudad de México ha estado presente para reubicar a los migrantes. “Han venido todas las autoridades para acá, pendientes de un desalojo. Nos dieron tres meses más para que no perdieran el año escolar (los niños)”, afirma Jorge.

Sobre la puerta principal de la Escuela Primaria La Prensa Pemex, se alcanza a ver un cartel con ilustraciones coloridas, aunque ya opacas y amarillentas. En él se puede leer: “¡Bienvenidas todas las niñas y todos los niños del mundo!” y “El derecho a la educación es UNIVERSAL”. Esta es la escuela más cercana al campamento migrante.

En virtud de que los niños, niñas y adolescentes representan un tercio de la población total del campamento, su educación es uno de los principales temas a tratar por sus tutores, así como por las autoridades. Gracias a este interés

mutuo, la escuela La Prensa Pemex es uno de los principales centros de estudio para los menores en situación de movilidad que viven en la zona. Actualmente, hay un grupo de 50 o 60 niños estudiando ahí.

Jorge asegura que la comunidad no sufre de enfermedades y que todo tipo de servicios y necesidades (como acceso a baños, colchones, muebles, juguetes y ropa) se los ha otorgado el gobierno de México, la iglesia de la zona, fundaciones y la comunidad en general. No obstante, evidencia una situación que pone en riesgo a los infantes: “(Los niños) juegan, se ponen a vender cosas realizadas por su madre, (también) alimentos”.

Los integrantes de la comunidad migrante, aun cuando se les nota temerosos e inciertos, se sienten “unidos y agradables el uno con el otro”, como afirma el venezolano. Pese a eso, no todos piensan lo mismo, pues en la colonia hay quienes no están contentos con la presencia de los desplazados.

Otra perspectiva, pero aún más cruda

De acuerdo con datos de la Unidad de Política Migratoria, Registro e Identidad de Personas de la Secretaría de Gobernación (SEGOB), en México hubo 925 mil 085 eventos de personas en situación migratoria irregular de enero a agosto del año pasado. Se refiere a eventos y no a personas debido a que un individuo pudo ser presentado y/o canalizado más de una vez al año. Del total de eventos, 52.2 por ciento eran sudamericanos, principalmente de Venezuela (28.8 por ciento), Ecuador (10.0 por ciento) y Colombia (6.4 por ciento). Además, del total de eventos, 22.2 por ciento (205, 368) fueron canalizadas, y 52.8 por ciento de las canalizaciones (108,144) fueron niñas, niños o adolescentes.

La cifra de menores latinoamericanos en situación migratoria irregular con presencia en México es alarmante. Aunque existen leyes que los amparan, en muchas ocasiones no los favorecen ni protegen, lo que ocasiona que sean vulnerables a riesgos como la xenofobia, enfermedades, condiciones antihigiénicas, consumo de drogas, delincuencia organizada o agresiones físicas.

A espaldas del campamento de migrantes, en una calle que se percibe completamente contraria a su paralela, se encuentra la sede Richard Wagner del programa PILARES (Puntos de Innovación, Libertad, Arte, Educación y Saberes) del gobierno de la Ciudad de México. Adentro se observa un estante de libros, algunos maestros y talleristas y el primer piso repleto de computadoras. Empero, se nota vacío y sin alumnos a quienes impartir los talleres, pues, de acuerdo con Carmen, colaboradora de la sede, “muchas personas dejaron de asistir a PILARES debido a la presencia de los migrantes”.

Este centro de actividades recreativas no ha sido ajeno a la problemática que padece esta población, en específico los más pequeños, y muestra de ello son las declaraciones del maestro Pedro Basulto, miembro del programa capitalino: “Tenemos cinco niñas que no son de la comunidad (del campamento de refugiados), que son migrantes que van en la secundaria 100 (Escuela Secundaria General Luis de Camoens) y tienen la problemática de que les hacen *bullying* porque tienen rezago educativo, es decir, a lo mejor ellas iban en, por ejemplo, segundo de secundaria en sus países, pero la equivalencia en estudios con México es distinta”.

El caso de las alumnas migrantes de la secundaria Luis de Camoens refleja una problemática que muchas veces pasa inadvertida. El *bullying* podría parecer una preocupación “menor” que sufren los migrantes a comparación de otros más graves, como acceso a servicios de salud o la inseguridad. ¿A los niños y adolescentes migrantes no les queda de otra que pasar desapercibidos? ¿Quién voltea a ver las problemáticas de los menores?

Además, Pedro asegura que, como muchos latinos, el destino final tan anhelado no es México, sino el país vecino de las barras y las estrellas: Estados Unidos. “Los sábados vienen (las alumnas migrantes), (tienen) entre 12 a 14 años de edad. Hay que regularizarlas en todas las materias, en especial en inglés, porque la intención no es permanecer en el país. Les llamamos ‘personal flotante’”.

En la Ley General de los Derechos de Niñas, Niños y Adolescentes, las y los menores migrantes son reconocidos como personas sujetas a derechos. El artículo 89 establece que “Las autoridades de todos los órdenes de gobierno deberán proporcionar, de conformidad con sus competencias, los servicios correspondientes a niñas, niños y adolescentes en situación de migración, independientemente de su nacionalidad o su situación migratoria”. Si bien existen leyes como esta, que protege a los menores, en la práctica la realidad es distinta.

“Los niños son los más vulnerables, son con quienes más interactuamos y los apoyamos lo más posible porque son quienes más padecen... En las escuelas no los reciben”, señala Basulto. A su vez, recalca el odio que existe hacia la población migrante al citar las expresiones que utilizan los habitantes de la colonia: “Nadie los obligó a venir aquí”, “que se regresen a su casa”, “están aquí porque les dan dinero”, “aquí no los queremos”.

Este campamento no vive bajo las mejores circunstancias, pues viven en la tierra, no hay baños ni regaderas y tienen sistema de letrina. Al retroceder en sus memorias, Basulto recuerda una anécdota que vivió con un niño migrante y que expone las condiciones endebles en las que viven los pequeños: “Luego vienen todos plagados de piquetes de chinche. Hace como tres semanas llegó un niño, se llama Jean, debe tener como seis años, es beliceño, y le faltaba literalmente un pedazo de mejilla. “¿Qué te pasó, Jean?!”. “Me mordió un perro”. “¿Y por qué te mordió? ¿Ya te fuiste a vacunar?”. “No, ya lo pateé al perro”. “¿Y tus papás?”. “Quién sabe”.

En días recientes, múltiples autoridades gubernamentales han asistido a la pequeña comunidad de migrantes a tratar de negociar con ellos y poder reubicarlos en algún refugio. Es por esta razón que sus residentes se encuentran tan reservados y reclusos en sus hogares. “Se ha reducido la población (de migrantes) porque los están reubicando. Salen menos de sus casas, están más temerosos”, declara el maestro Basulto. Además, el tallerista manifiesta que se

los están llevando a albergues, y que el compromiso de las autoridades es que permanezcan por tres meses para que tramiten su estancia en el país.

Tomando en cuenta las anteriores problemáticas (el repudio, el *bullying*, los traslados, las condiciones inhumanas en las que viven), es evidente que para los menores migrantes de Vallejo retomar y continuar sus estudios representa un reto de gran magnitud, tanto que para algunos de sus acompañantes y/o tutores puede que esto no sea ninguna prioridad, ya que antes deben mantener la poca estabilidad que han construido en sus *ranchitos*.

Candelaria de los Patos: unidos, pero no tan fuertes

Al salir de la estación del metro Candelaria, se observan comerciantes dispersos en el suelo, un cúmulo de basura que se esparce por la calle y una unidad habitacional que sirve de hogar para múltiples pobladores de la zona. En el centro de la capital, el barrio Candelaria de Los Patos es una zona que inspira resiliencia, abandono e incluso ironía, pues al otro lado de las vías del tren, cual frontera entre países, se encuentra la Cámara de diputados, una estructura imponente y ostentosa. Sin embargo, este barrio se ha vuelto la residencia de una nueva población: un campamento de migrantes.

Entre críticas, señalamientos y prejuicios, así es como han vivido los migrantes en el Parque Guadalupe Victoria en la alcaldía Venustiano Carranza. Las condiciones son similares a las del campamento de Vallejo: casas hechas de tablas de madera y lonas, mujeres que lavan su ropa y la extienden en una portería de fútbol, niños poco aseados y manchados de impurezas, descalzos, con sus sandalias rotas, vestidos tan solo con un short y una playera desgastada, juegan y se divierten en la explanada del parque, así como adolescentes que recolectan agua de un grifo mientras los hombres se reúnen para platicar y fumar.

Entre los habitantes del asentamiento se encuentran Graciele, Katy, el joven André acompañado de su madre y dos pequeñas niñas; todos ellos se reúnen

mientras comen “el almuerzo” y comparten agua de un pequeño barril vitrolero. Si bien hay niños que permanecen en el campamento, hay muy pocos que tienen la fortuna de ir a la escuela, como los hijos de Katy, mujer venezolana, y los de Graciele, originaria de Brasil.

Anteriormente, los hijos de la venezolana estuvieron dos años recibiendo educación en Chile. En la actualidad, cursan segundo y sexto grado de primaria, y para que sus hijos fueran a la escuela les solicitaron sus copias de cédula y actas de nacimiento. Aunque inscribirlos no fue un problema, Katy comenta que sus pequeños no cuentan con todos los materiales que necesitan. Ella, con los trabajos que ha conseguido, poco a poco ha logrado comprarles libretas y lápices. A pesar de todo, se siente agradecida por la oportunidad que tienen sus hijos: “Gracias a Dios mis hijos están estudiando, que es lo más importante... Aquí estamos luchando”.

En cambio, los hijos de Graciele actualmente se encuentran en cuarto grado de primaria, con la diferencia de que asisten a una escuela especializada para niños autistas. Además, con un tono más desalentador, afirma que los pobladores del campamento se han sentido observados y han recibido comentarios de odio por parte de la comunidad local. “Los mexicanos no quieren migrantes, pero aquí estamos”.

Un caso diferente es el de André, adolescente venezolano de 13 años, quien lleva nueve meses en el país y no tiene la oportunidad de estudiar. En su lugar, se dedica a trabajar. Acompañado de su mamá y hermano, su objetivo es llegar a Estados Unidos debido a que, según su madre, allá se encuentra otro de los hermanos del joven. Cabizbajo, tímido en su lenguaje corporal y con los pies descalzos, André revela que le gustaría volver a estudiar, y no solo eso, él ya quiere regresar a su país.

En Venezuela, André y sus hermanos tenían acceso a la educación, aunque deficiente, como comenta su madre: “Sí hay educación (en Venezuela), pero no

de calidad. Los educadores faltaban mucho a la escuela por falta de pago, por pocos recursos... el gobierno no les paga lo suficiente a los profesionales. Entonces, ¿qué hacen? (Los maestros) No van a la escuela. Como no hay buenos recursos para los docentes, se desaniman porque también tienen sus familias... Prefieren trabajar por fuera que dar clase. Es triste y lamentable”.

Hace unos días se celebró el día del niño (30 de abril), y la madre de André recuerda cómo fue la celebración aquel día, en la que un infante vivió una experiencia desagradable: “Los niños no tienen la culpa de lo que están viviendo. Lo digo porque aquí (Parque Guadalupe Victoria) hubo una actividad del día del niño y yo vi que una mexicana decía: ‘Tenía que ser venezolana, pinche niña venezolana’. La niña no tenía culpa de ser venezolana ni de estar aquí”.

Las personas en contexto de migración forzada que habitan el Parque Guadalupe Victoria no están ahí por gusto, nadie sale de su país de origen para vivir en situaciones como esta por deseo propio. “Todos (los migrantes) nos sentimos mal... Esta no es una estabilidad ni para uno ni para los niños”, explica Katy. Los adultos, adolescentes y hasta los más pequeños son víctimas de odio por parte de los residentes locales a su alrededor, ante un panorama de por sí complicado por las condiciones en las que viven.

Contextos paralelos a 2 mil 800 kilómetros

México es considerado por la mayoría de migrantes como un país de tránsito más que de destino, por su característica de compartir frontera con Estados Unidos. Sin embargo, ¿qué pasa con Colombia, país vecino directo de Venezuela, lugar donde se calcula han salido 7.7 millones de personas en busca de mejores oportunidades?

En el departamento de Sucre, Colombia, se registró que en 2020 habían 22 mil 417 refugiados y migrantes venezolanos según el Grupo Internacional sobre Flujos Migratorios Mixtos (GIFMM). De la cifra anterior, la mitad habita en

Sincelejo, la capital de Sucre. Este municipio es el actual hogar de Carliany Urbina y su tía Gabriela Chinchilla.

Carliany (o Carly, como le gusta que le digan) es una adolescente de diecisiete años que llegó desde Venezuela a Colombia cuando tenía catorce. Ella se vio en la necesidad de migrar junto con sus familiares debido a la situación política y económica de su país. “Fue muy duro para mí porque iba a dejar a mi familia, estaba muy pequeña, dejé todo: mis amigos, mi colegio, la gente que me quería”, menciona Carly.

Joven y llena de incertidumbre, Urbina tuvo que buscar empleo desde su arribo a Colombia. Trabajó en una frutería donde, además de recibir tratos xenófobos, tenía un horario laboral de 5:30 a.m. a 2:00 p.m. sin almuerzo y con un pago de 20 mil pesos colombianos (aproximadamente de 90 a 100 pesos mexicanos) a la semana porque le decían que “no tenía experiencia”.

Carliany hace énfasis en los tratos que ha recibido desde que arribó a Colombia, como la misoginia y xenofobia que sufrió cuando tenía quince años, en una temporada en la que vendía café en la calle: “Un señor quiso tocarme las piernas, traté de defenderme y empezó a gritarme: ‘Pero si todas las venezolanas son unas “fáciles”, son prostitutas, se vienen a prostituir a Colombia”’. Casi tres años después, la venezolana recuerda el incidente como algo “muy traumante” para ella: “Yo me quería ir de acá, de Colombia, yo decía: ‘Acá no nos valoran, no nos respetan”’.

Acerca de sus estudios, Carliany concluyó su educación media en 2024 y no cursa la universidad dado que aún no aprueba el examen del Instituto Colombiano para la Evaluación de la Educación (ICFES), pero le gustaría estudiar contaduría. Su tía comenta que Venezuela no era un país seguro para que su sobrina continuara con su educación y que uno de los obstáculos que se encontraron en Colombia es que esta era distinta, por lo que hubo un “choque” en los temas que se manejaban en las aulas.

La situación de Carliany expone la de muchos jóvenes venezolanos en Colombia orillados a trabajar desde pequeños. Si son muy pocos los que tienen la suerte de continuar estudiando, el número es menor de aquellos que concluyen su educación. Como en México, los migrantes en Sucre están expuestos al odio y rechazo de parte de los nativos y, por si fuera poco, las mujeres y niñas son víctimas de acoso y abuso constante.

Brutales historias, pequeños protagonistas

México y Colombia son dos de los países de América Latina con mayor flujo migratorio debido a sus fronteras particulares: México con Estados Unidos y Colombia con Venezuela. Así como sus habitantes lidian, para bien o para mal, con los inmigrantes, ambos países tienen la responsabilidad de hacer valer los derechos básicos y universales del sector demográfico en movilidad más vulnerable: los niños y adolescentes.

La voz de Gabriela Chinchilla, migrante en Colombia, invita a reflexionar: “Me parece super importante hacer relevante este tema y que muchas personas puedan saber la realidad de nosotras las personas que tuvimos que abandonar nuestros países. Muchos piensan que solo es porque queremos, que somos avariciosos, pero no es así. Me gustaría que muchas personas, incluso mejor si son de otros países como México, escuchen nuestra historia y pueda generar tan siquiera un poquito de conciencia, porque de granito a granito podemos cambiar.”

Los adultos en movilidad que llevan a familiares menores de edad con ellos, lo hacen en busca de que crezcan con mejores oportunidades. Ahora, si su país de origen no logró satisfacer los derechos y necesidades de estos menores, y como migrantes siguen encontrando obstáculos, ¿hasta qué lugar tienen que movilizarse para hallar una vida digna y estable?

“Paren de perseguirnos, somos personas normales”, menciona Graciela. “Antes de discriminar a un migrante, pedirles que lo conozcan primero”, asevera la

madre de André. Evitemos que estos alaridos y gritos de cientos de miles de personas se sigan replicando. Si se busca un mejor futuro para ambas sociedades, tanto la mexicana como la colombiana, es imperante enfatizar los esfuerzos en la búsqueda de un mejor entorno para los infantes, ya que un niño sano emocional y físicamente, se traducirá en un adulto útil y beneficioso para su ambiente.

Los pequeños que migran son partícipes de una situación sobre la que no tienen control. La empatía y el trato digno hacia ellos es un deber, ya no solo institucional, sino moral y ético, comunitario y personal.



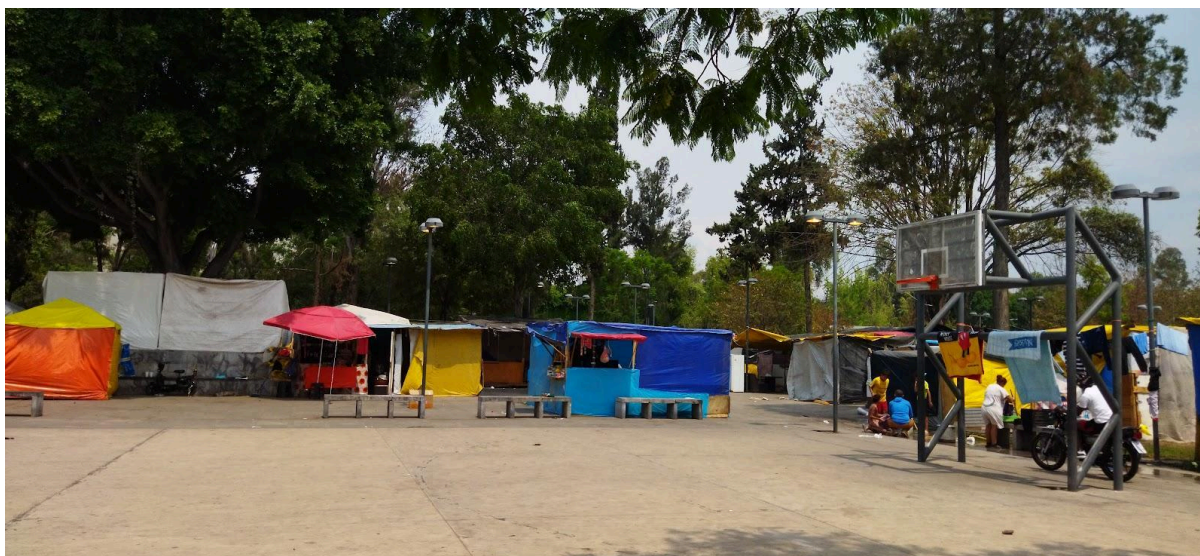
Mujeres secan la ropa recién lavada en el Parque Guadalupe Victoria, Venustiano Carranza, CDMX. Foto tomada por Aurea Muñoz.



Vista panorámica del campamento migrante en el Parque Guadalupe Victoria, Venustiano Carranza, CDMX. Foto tomada por Aurea Muñoz.



Casas improvisadas con retazos de madera en el campamento migrante ubicado en Candelaria de los Patos. Foto tomada por Uriel Castro.



Las casas de los migrantes están hechas de lonas y tablas de madera. Foto tomada por Uriel castro



El campamento de migrantes en Vallejo se encuentra en medio de las vías del tren. Foto tomada por Aurea Muñoz..